

LA ENCRUCIJADA DEL MITO Y LA LITERATURA
UN VISTAZO A LA PROFUNDA HUMANIDAD

(The Crossroads of Myth and Literature, a Look at Deep Humanity)

Patricia Guadalupe Nuno Brito ²

Colaboración especial de nuestra revista hermana "Historia para Todos" de Tucumán, Argentina. Web: <https://revistahistoriaparatodos.wordpress.com/>

Resumen:

Mito y literatura son, de una forma u otra, el anverso y reverso de la misma moneda. Desde sus mismos orígenes el hombre ha tenido la necesidad de narrar, de construirse en comunidad a través de una memoria colectiva que le brindara identidad. Y esta memoria siempre se corporizó a través de la palabra. La exigencia de ordenar el mundo, de narrar los orígenes de una creencia o de una costumbre, convirtieron a la palabra en invención. Los lenguajes artísticos son caminos entrelazados por los cuales transita el mito. Formas de narrar, de recordar y vincular permanentemente al hombre consigo mismo y su historia.

Palabras Claves: Mito, Rito, Arte.

² Licenciada en Letras, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán (UNT), guadylatin@hotmail.com

Abstract:

Myth and literature are, in one way or another, the obverse and reverse of the same coin. From its very origins man has had the need to narrate, to build himself in community through a collective memory that gives him identity. And this memory is always embodied through the word. The demand to order the world, to narrate the origins of a belief or a custom, turned the word into invention. Artistic languages are intertwined paths through which the myth transits. Ways of narrating, remembering and permanently linking man to himself and his history.

Key Words: Myth, Rite, Art.

Desarrollo

Desde sus mismos orígenes el hombre ha tenido la necesidad de narrar. No sólo de conectar sonidos en pos de la comunicación inmediata que el comercio diario exigía, sino de construirse en comunidad a través de una memoria colectiva que le brindara identidad. Y esta memoria siempre se corporizó a través de la palabra. La palabra no fue únicamente un vehículo para la enumeración de sucesos, sino que la exigencia de ordenar el mundo, de narrar los orígenes de una creencia o de una costumbre, la convirtieron en invención. De este entrecruzamiento entre el arte, la necesidad de comunicar y la memoria nació la literatura.

Las corrientes positivistas que sobrevinieron con la modernidad intentaron desarticular esta íntima conexión entre la tradición y la palabra. Se pretendió reducir todo lenguaje a sus estructuras lógicas. En consecuencia, la palabra perdió vivacidad y la literatura se volvió casi exclusivamente realista. Las vanguardias surgidas a principios del siglo XX y, especialmente las posteriores a la Primera y la Segunda Guerra Mundial, reivindicaron el vuelo de la imaginación y la ruptura con los cánones anteriores, sobre todo románticos y realistas, comprendiendo que la capacidad creativa del hombre sobrepasa cualquier intento de reducirla a un mero retrato de lo cotidiano. Reivindicaron el mito, la fantasía, la exuberancia. La urgencia de narrar lo inenarrable (la guerra, los genocidios, el exterminio de pueblos enteros) los obligó a encontrar formas flexibles de expresión con un fuerte valor simbólico. De allí la amplia producción de narraciones no miméticas³ que proliferaron en los siglos XX y XXI.

En medio de un entorno de tecnologización creciente, que se aleja de la palabra y el símbolo, puede parecer sorprendente que el hombre se vuelva hacia el mito para dar significado a su existencia. El mundo contemporáneo se presenta como una compleja red de interconexiones donde la circulación de información es constante y abrumadora. La realidad actual tiende a alienar al ser humano. Pese a esto, cada vez más hombres eligen perderse y encontrarse en los caminos del mito, el arte y la literatura, que toman por asalto el mundo virtual y el real en todas sus formas.

³ Mímesis (Del lat. *mimēsis*, y este del gr. μίμησις *mímēsis*.)

1. f. En la estética clásica, imitación de la naturaleza que como finalidad esencial tiene el arte.

2. f. Imitación del modo de hablar, gestos y ademanes de una persona. (RAE, 2014)

El ser humano se instala ante la vida a partir de dos posturas: la religiosa y la a-religiosa. Sin embargo, por naturaleza necesita creer en algo, aun cuando no se sujete a cultos institucionalizados. Los hombres creen en sí mismos, en los demás, en la razón, en la intuición, en espíritus, en la magia, en las ciencias⁴. Construyen su realidad alrededor de estas creencias, alimentadas por las diversas formas de interpretar sus propias experiencias. Las creencias no pueden ser separadas de la identidad personal. En particular, el individuo que admite un orden religioso funda su visión del mundo a partir de la noción de lo sagrado, llevando adelante una existencia abierta, que encuentra su significado fuera de sí, en un “otro” con el que busca religarse permanentemente. La postración del sujeto frente al poder de lo sagrado que deviene de esta posición vital es lo que Otto llama “sentimiento de criatura” (Otto, 2001), es decir, la dependencia del ser que reconoce su propia insignificancia y por eso mismo busca ser confirmado por un poder superior. Aquel que se entrega con devoción a una fe determinada es partícipe de vivencias que refuerzan su compromiso con esta, a través de la experiencia religiosa, tremenda y fascinante. “Tremenda porque roza lo terrible, lo sobrecogedor. Fascinante porque adentra en lo extático y arrebatador.” (Fraijó, 1994: 33). Gracias a esta doble naturaleza, da lugar a un sentimiento de confianza que mitiga la angustia. Esa es la función psicológica y emocional de la fe.

Constantemente el ser humano lucha contra el temor a lo desconocido, a lo que no puede controlar. El mundo a su alrededor se le figura como una constante amenaza, limitando su potencia de actuar, confrontándolo con su propia extinción, con los

⁴ No olvidemos, por ejemplo, que, durante la Ilustración, se solía hablar de la Diosa Razón. Incluso quienes orquestan su vida alrededor del dinero lo convierte en una especie de divinidad rectora.

imprevisibles que inevitablemente surgen en cada etapa de su transitar. Las creencias tienen la misión de apegar al hombre a su vida y permitirle olvidar el miedo a la muerte y al sufrimiento. “Ellas compensan el déficit vital de la especie aumentando su sentimiento de confianza” en un cosmos cuyo ordenamiento parece amenazar su supervivencia y capacidad de obrar. Este sentimiento de confianza surge dado que las entidades y personalidades que proyecta le reconocen un lugar. (Lapoujade, 2011: 77 – 78) y al hacerlo, le dan un sentido a su subsistencia, le permiten racionalizar el cosmos y resguardarse en su omnipotencia. Se establece así un contrato ontológico entre el creador (o creadores) y la criatura, que se vincula con las potencias celestes gracias al mito.

“El conocimiento mítico, descubridor de sentidos, compromete la interioridad del hombre: el mito es por naturaleza interpelante. Mientras un concepto físico o matemático nos deja indiferentes, la idea de la mortalidad que nos transmite el mito pone en movimiento nuestra afectividad, porque implica a todo nuestro ser. La visión mítica compromete la interioridad del hombre porque organiza la forma de representarse el mundo y de instalarse en lo real”. (Tacconi, 1995: 66)

La vida humana está marcada íntimamente por el deseo de trascendencia y la búsqueda de lo supra natural. Lo fantástico, lo mágico, lo esotérico persiste en todos los tiempos y en todas las sociedades como un anhelo que se hunde en lo más profundo de nuestra naturaleza, permitiéndonos crear nuevos conceptos acerca de lo desconocido y ajeno, lo misterioso, terrible e inefable, y así aprehender lo ignorado, despotenciando el miedo. “Lo fantástico es capaz de intervenir en

nuestros más grandes terrores para hacerlos accesibles. Les otorga cuerpo, conductas, orígenes, y así podemos mirar a nuestros miedos a los ojos.” (Bodoc, 2015a) Al despojarnos del temor, lo sobrenatural nos permite acercarnos al Otro y abarcarlo como una totalidad con similitudes y diferencias, mientras que la fe en poderes superiores alivia la angustia del hombre y aligera la responsabilidad que siente ante su propia existencia. La inclinación hacia lo maravilloso es mayor en la infancia. El niño, como los primeros homínidos que formaron comunidades, inventa explicaciones para lo que acaece a su alrededor. Su instinto lo empuja a considerar que todo debe tener una causa y un sentido, sin considerar la necesaria racionalidad de estos. Su imaginación es más vivaz y se encuentra libre de los condicionamientos sociales y culturales. Para él lo cotidiano y lo extraordinario no se anulan, pues en la infancia se desconoce la posibilidad de que exista la Verdad entendida como única, lógica y racional. Todas las explicaciones son igualmente posibles y no tienen por qué excluirse. En gran medida a causa de esto es que, entre los textos donde la magia y lo sobrenatural juegan un papel esencial, predominan los relatos dirigidos a niños y jóvenes. Se trata de una forma de escritura que interpela al lector, recurriendo a la mitología y la épica para crear universos dualistas que desafían a quienes los enfrentan y no dejan de poner en juego valores con los que se pretende influenciar a los lectores de forma positiva durante su etapa formativa. Las épicas orientadas hacia los jóvenes tienen en común la presencia del mito como elemento crucial. Este es la “palabra existencial” y constituye el primer puente que el hombre tiende entre la soledad y la angustia que nacen de la individualidad.

Reconocer un cosmos organizado según una estructura más o menos racional concede a los hombres el identificarse con los demás miembros de su comunidad y

darle sentido a su entorno. Les permite conectarse con el tiempo originario de la creación, participando de su carácter sagrado y perpetuando una parte de sí mismos en la eternidad. El mito, como expresión directa de lo sagrado, se constituye en relato que ordena al mundo y lo hace habitable. Ocurre in illo tempore, en un momento al cual nadie puede tener acceso si no es a partir de la memoria colectiva, a partir de lo cual el tiempo y el espacio se separan en profanos y sagrados, estableciéndose los alcances del cosmos, fuera del cual subsiste el caos.

Como un ser vivo, el mito cambia a lo largo de la historia, para adaptarse a las necesidades de sus cultores. En África, por ejemplo, existe una nación conformada por siete tribus, cada una de las cuales desciende de uno de los hijos del gran héroe mítico que dio origen a todo el país. Esta organización en siete partes no es la primitiva, sino que fue causada por una reestructuración territorial, en la cual desaparecieron y se fusionaron varias de las doce tribus originales, variando también los nombres y cantidad de los hijos que aparecían en el relato primigenio. Para sus habitantes, la tradición no ha cambiado, el espíritu de sus ritos sigue vivo. Los mitos se transforman, como se transforman los pueblos. “Nacidos en una comunidad determinada, trascienden a la situación histórica y geográfica donde se originaron” (Navamuel, 1996: 15). Los mitos son dinámicos. Incluso en los casos en los que la sociedad donde germinaron desaparezca, siguen vivos, ya sea en los espacios cercanos en los que tuvieron influencia, o en culturas distantes que comparten el mismo sustrato psicológico. Este es el caso de la Salamanca en el Noroeste Argentino, descendiente de los Aquelarres europeos, donde el sustrato indígena ha transformado a sus protagonistas. Diablo y brujas no tienen la misma forma, no responden a los mismos nombres. Mandinga reemplaza a Lucifer, y sus tretas se

convierten en picardías que prueban la valía del hombre. También es la razón por la cual la Virgen María es tan reverenciada a todo lo largo de Latinoamérica, donde la figura de la Madre Tierra existía siglos antes de la Conquista.

En las sociedades contemporáneas, donde los procesos desacralizadores han encontrado tierra fértil, los mitos perviven convertidos en arquetipos o en deseos inconscientes, condicionando la vida de cada persona. Alimentan el inconsciente colectivo, por lo que nunca dejan de estar vigentes. Superman reemplaza a Hércules, el médico al chamán con la misma carga simbólica. El valor paradigmático de los mitos actúa incluso en el campo científico. El psicoanálisis se inspira en los mitos clásicos para explicar diversos trastornos, como el síndrome de Edipo o Electra. En pedagogía se predica el efecto Pigmalión ⁵. En matemáticas y arte el concepto del número áureo puede ser interpretado no sólo proporcionalmente, sino desde una visión teleológica.

El valor del mito no sólo reside en la sacralidad con que cada civilización lo dota, sino en su forma alegórica. Como término, está dotado en sí mismo de ambigüedad. Por un lado, desde el ámbito sagrado, designa “la región de héroes superiores a nosotros por todos conceptos. Por otro, en el sentido aristotélico de *mythos*, abarca todo el dominio de la ficción.” (Ricoeur, 2008: 399) Ambos sentidos se enlazan en la narración, de carácter polisémico, pues todo *mythos* implica un repliegue fuera de lo real. Sin mito no existe el relato. Por eso sobrevive, conservando siempre una

⁵ El Efecto Pigmalión hace referencia al mito griego del rey de Chipre, quien no habiendo encontrado una esposa digna se dedicó a la escultura, con tal habilidad, que creó la figura de Galatea, una mujer tan hermosa y perfecta que se enamoró de ella y rogó a Afrodita que le concediera vida. En psicología y pedagogía el efecto Pigmalión describe la creencia que tiene una persona de poder influir en el rendimiento de otra, deviniendo en general en una profecía autocumplida.

marca que denuncia su origen. El no iniciado no tiene acceso a esta profundidad alegórica y se ve empujado a creer que los sucesos narrados han ocurrido tal como se le presentan. Las interpretaciones simbólicas se reservan a los iniciados, quienes ofician como guardianes de la tradición. La mayoría de nosotros sigue pensando que Eva realmente se comió una manzana.

Los mitos perduran en la repetición ritual, durante la cual, al actualizar las narraciones sagradas, se acerca el tiempo mítico a la esfera profana de la vida y de la acción. “Mito y ritual están vinculados a la vida, cuando cambia la vida se transforman también el mito y el ritual (...) Si queremos llegar al mito vivo y real, tenemos que considerarlo en acto, transmitiendo su conocimiento salvador acompañando a la vida.” (Navamuel, 1996: 10) Desde los inicios de la existencia en comunidad los seres humanos han practicado ritos de fuerte valor simbólico, apoyados en dos pilares fundamentales: la religión y la magia.

La religión es la manera en la que el ser humano da sentido al universo, atribuyéndole un orden lógico regulado por una inteligencia creadora a la que generalmente no puede acceder de forma directa y que no siempre se representa antropomórficamente. El rito, sea mágico o religioso, garantiza el acceso a lo sagrado y el imperio de este en la vida cotidiana, a partir de la repetición de fórmulas consagradas. “El rito, que a decir de Eliade, es “mito en acción”, establece la comunión de los hombres entre sí y con el principio sagrado. A veces también lo exorciza mágicamente a fin de preservar la independencia y la tranquilidad de la vida profana.” (Valentié, 1998: 103) Este exorcismo es necesario dado que la intervención de las fuerzas sobrenaturales en el mundo no siempre tiene un carácter benéfico. A

esto se agrega que lo sagrado sólo puede intervenir en el tiempo y el espacio profanos como una irrupción violenta, que implica la suspensión momentánea del principio de causalidad.

La magia tiene su origen y a la vez alimenta al rito, principalmente cuando este ha perdido vigencia o ha sido abandonado por una parte importante de la comunidad y reservado para el conocimiento de unos pocos iniciados. Su práctica ya no requiere obligatoriamente la intervención de la divinidad. Aunque el rito mágico pueda incluir invocaciones a criaturas sobrenaturales (ángeles, demonios, espíritus, etc.), se considera que el mago tiene en sí el poder para concretar sucesos prodigiosos. La acción que el hechicero ejecuta repercute sin dilaciones en la realidad, por lo cual, en este sentido, la magia tiene un carácter más inmediato que el ritual religioso. En numerosos pueblos de la zona rural de México subsisten brujos cuyas prácticas remiten a los rituales aztecas, en medio de comunidades cristianas que olvidaron a los dioses del panteón náhuatl, o los relegaron a la categoría de demonios o espíritus. Algo similar ocurre entre los curanderos, cuya influencia persiste a todo lo largo de la Argentina, tanto en zonas urbanas como rurales, los pais en Brasil, o los devotos de San la Muerte en distintos puntos de Latinoamérica.

Durante la repetición ritual se suspende el tiempo ordinario para remontarse al momento primordial cosmológico o hierofánico. El tiempo mítico y el tiempo profano transcurren paralelos, sin mezclarse. Mientras que el primero es una sucesión de hechos irreversibles, el carácter del tiempo sagrado es heterogéneo, cíclico y dinámico. En el tiempo profano cada decisión que el hombre toma lo conduce por un camino determinado, anulando todas las demás vías posibles. Por el

contrario, el tiempo mítico carece de homogeneidad, y hay múltiples maneras de caracterizarlo: el tiempo fabuloso de los comienzos, el tiempo hierofánico, el tiempo ritual, el tiempo de éxtasis, el tiempo circular, el tiempo lineal (Nader, 2013: 118 – 121).

Existe, además, el tiempo de la memoria, donde el mito es recordado a través de las palabras. Por eso podemos llamarlo también el tiempo del relato, que se encausa por medio de los diferentes lenguajes artísticos. Los relatos primordiales siempre han sido eso, relatos.

“Diversos motivos explican la íntima relación que han mantenido arte y mito a lo largo de la historia de la civilización. En primer lugar, ambas formalizaciones culturales comparten caracteres esenciales: El ejercicio de la intuición para captar y fijar los valores; la expresión de los mensajes a través de imágenes; la carga de afectividad que comportan; la aspiración a formas de universalidad. En segundo lugar, tanto el mito como el arte redimen al hombre de la banalidad cotidiana, porque lo cargan de sentido y logran que se perciba la realidad de la experiencia como no agotada en la mera facticia”.
(Tacconi ,1989: 44)

Música, danza, pintura, palabra son caminos entrelazados por los cuales transita el mito. Formas de narrar, de recordar y vincular permanentemente al hombre consigo mismo y su historia en reescrituras poéticas de su identidad más profunda. Escrituras simbólicas de la existencia humana que suspenden lo cotidiano. Mito y literatura son, de una forma u otra, el anverso y reverso de la misma moneda.

“Incluso la lectura comporta una función mitológica: no sólo porque reemplaza el relato de mitos en las sociedades arcaicas y la literatura oral (...), sino especialmente porque la lectura procura al hombre moderno una «salida del Tiempo» comparable a la efectuada por los mitos. (...) la lectura proyecta al hombre moderno fuera de su duración personal y le integra en otros ritmos, le hace vivir en otra «historia»”. (Eliade, 1973: 172 – 173)

Lo simbólico emerge en tres zonas privilegiadas, interconectados entre sí: la experiencia de lo sagrado, lo onírico y la imaginación poética. (Tacconi, 1989: 24) La manifestación de cualquiera de ellas siempre se concreta a partir del lenguaje. “No hay simbólica antes del hombre parlante, aun si la fuerza del símbolo tiene sus raíces más abajo; es en el lenguaje que el cosmos, que el deseo, que lo imaginario acceden a la expresión; es preciso siempre una palabra para retomar el mundo y hacer que devenga hierofanía.” (Ricoeur, 1975: 18) La lectura de textos fantásticos desarrolla necesariamente nuestra condición poética, porque el único modo de acceder a ellos es en clave simbólica y metafórica. La correlación entre la palabra y la realidad, entre nuestra vivencia del mundo y el mundo como tal, es siempre una relación dialéctica.

Lo sagrado no sólo se retrata en la escritura por medio de la estilización de los mitos, que a fuerza de repetirse en distintos soportes se convierten en universales, sino que esta toma de los mismos diferentes motivos que incorpora a la narración, cargándola de valor simbólico. “En el mundo mítico [el motivo] constituye una unidad de significación, recurrente en gran cantidad de mitos, que funciona como un principio motor de la narración – pues produce polaridades y relaciones de tensión – y es capaz de servir de soporte a varios temas.” (Tacconi, 1989: 48) Algunos símbolos

míticos resultan vigorosamente recurrentes en la literatura: el paraíso perdido o la caída del estado de gracia; la metamorfosis, en ocasiones vinculada a la violación del tabú y el castigo del infractor; la lucha con el monstruo ⁶ y el descenso a los infiernos. (Tacconi, 1989: 48 – 49)

El valor agregado de la literatura en general se encuentra en la intercesión entre los mensajes que el autor intenta transmitir y los significados que el lector interpreta. Todo texto literario se construye a partir de un principio de bidimensionalidad según el cual, en tanto que proceso discursivo, el texto está clausurado, mientras que, en tanto expansión del campo semántico, no tiene fondo. “Es decir, un texto implica simultáneamente un proceso lineal, con clausura, y un proceso de “hojaldrado”, “vertical”, “radiante”, en consecuencia abierto.” (Tacconi, 1989: 13) Esto significa que un texto, en su sentido más material, tiene un principio y un final, tal como un ritual. Pero, nuevamente igual que el rito, tiene múltiples y diversas capas, de infinita significación, brindándonos siempre un sentido más profundo, otra interpretación posible. La riqueza inmaterial de ambas realidades es ilimitada.

El “hojaldrado” del texto literario también se configura a partir del manejo de múltiples tiempos dentro y fuera de la ficción. “Sólo con el relato de ficción el hacedor de tramas multiplica las distorsiones permitidas por el desdoblamiento del tiempo entre tiempo empleado en narrar y el de las cosas narradas.” (Ricoeur, 2008: 626) Trama y tiempo se articulan dialógicamente para crear el universo ficcional.

⁶ Esta representa “la prueba por excelencia del héroe, el enfrentamiento de las fuerzas del bien con las del mal; los monstruos pueden residir en lo más íntimo del corazón del hombre o en las estructuras de la vida social.” (Tacconi, 1989: 48-49)

La ficción, al constituirse de mundos imaginarios, abre a la manifestación del tiempo un camino ilimitado, dado que la regularidad aparente de este “no es parte intrínseca de la naturaleza, sino una noción creada por el hombre que hemos proyectado en nuestro ámbito para nuestros propósitos particulares” (Grebe, 1987: 59 – 60) Así se entrelazan el tiempo cronológico, el tiempo psicológico, el tiempo de la memoria y el tiempo mágico. Este último es el tiempo sagrado o mítico que dilata el tiempo ordinario (así como el espacio). Nos remite siempre a un suceso en los orígenes, más lejano de lo que podamos imaginar.

“Es el tiempo mítico el que encontramos en el origen de las limitaciones que surgen en la constitución de todo calendario. Debemos, pues, retomar más allá de la fragmentación entre tiempo mortal, tiempo histórico y tiempo cósmico (...) para evocar con el mito un “gran tiempo” que envuelve, según el término empleado por Aristóteles en su Física, toda realidad”. (Ricoeur, 2009: 784)

La literatura, sobre todo en el mundo contemporáneo, rescata el mito por ser el conjunto de estos afectos creadores el que nos apega a la vida.

“El apego ya no es indirecto como en las formas precedentes. Ya no pasa por la sociedad de los hombres (todo de la obligación) ni por la sociedad de “seres fantasmales” (todo de la religión). Procede de la vida misma en tanto ella coincide de ahora en más con su principio creador. La vida nos apega a ella por su potencia creadora en tanto creación de sí por sí. El apego deviene así amor y produce la alegría como su afecto esencial” (Lapoujade, 2011: 88)

La fe se vuelve necesaria para la supervivencia de la persona. Y la creación la acompaña constantemente, en un proceso de reescritura indetenible. Mito y arte devienen inseparables porque conviven en lo más íntimo del alma humana. Donde residen todos los miedos y todas las esperanzas, donde seguimos en perpetuo contacto con nuestros orígenes. En la palabra, que nos hizo hombres, en el mito que nos hizo hermanos, en el rito que nos hizo inmortales.

Referencias Bibliográficas

Bodoc, L. (2015a): Literatura: emoción por el otro. (on line) Primer Encuentro de Sagas y Literatura Fantástica. UNSAM. Recuperado de

Parte I: <https://www.youtube.com/watch?v=pjKlve1svnQ&index=2&list=WL>

Parte II: <https://www.youtube.com/watch?v=mAYsiRQm-XQ>

Parte III: <https://www.youtube.com/watch?v=wFU5htEGmZA>

Bodoc, L. (2015b): Los confines de la palabra - II - Lo Mágico. Canal Encuentro (on line) Recuperado de www.youtube.com/watch?v=UvYdUMFX1Sk&index=3&list=WL

Eliade, M. (1973): Lo sagrado y lo profano. Madrid: Guadarrama

Eliade, M. (2010): Mitos, Sueños y Misterios. Barcelona: Kairos.

Fraijó, M. (1994): Filosofía de la Religión: Una azarosa búsqueda de identidad.

Grebe, M. E.: La concepción del tiempo en la cultura mapuche. En Revista Chilena de Antropología. Santiago de Chile: Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile (6). 59 – 74.

Lapoujade, D. (2011): Potencias del tiempo: Versiones de Bergson. Buenos Aires: Cactus

Nader, R. F. (2013): Mito y Rito. Tucumán: Instituto de Investigación de Estudios Antropológicos y Filosofía de la Religión. FFyL. UNT

Navamuel, L. (1996): Cultura mestiza y catolicismo popular. En M. E. Valentié (coord.) Religiosidad Popular en el noroeste argentino. Tucumán: Grupo de Estudios MYTOS Y LOGOS

Otto, R. (2001): Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios. Madrid: Alianza

Ricoeur, P. (1975): Hermenéutica y Estructuralismo. Argentina: Megápolis

Ricoeur, P. (2008): Tiempo y Narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción. México D.F.: Siglo XXI

Ricoeur, P. (2009): Tiempo y Narración III. El tiempo narrado. México D.F.: Siglo XXI

Tacconi de Gómez, M. del C. (1989): Mito y Símbolo en la narrativa de Manuel Mujica Láinez Tucumán: Programa N.º 146 de Ciencia y Técnica, UNT.

Tacconi, M. del C. (1995): Categorías de lo fantástico y constituyentes del mito. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, UNT

Valentié, M. E. (1998): De Mitos y Ritos. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, UNT.